

## CAPITULO VIII

Sabe Cortés, por Moctezuma, la llegada de la escuadra de Narvaez.—Llegan á Méjico los presos enviados por Gonzalo de Sandoval.—Afectuoso recibimiento que les hace Cortés.—Los capitanes y soldados ofrecen á Cortés serle fiel.—Hernan Cortés escribe á Pánfilo de Narvaez y no recibe contestacion.—El padre Olmedo marcha al campo de Narvaez para procurar un avenimiento y lleva cartas de Cortés para varios oficiales.—Narvaez des- tierra al oidor Ayllon porque habla en favor de un arreglo.—Cortés dispone ir al encuentro de Narvaez.—Envía órdenes á Gonzalo de Sandoval y Juan Velazquez de Leon para que se dirijan á un punto donde irá á reunirse con ellos.—Moctezuma le ofrece cinco mil guerreros, que no acepta.—Cortés dispone su salida de la capital.

1520. Hernan Cortés y sus soldados ignoraban los acontecimientos de Veracruz. Nada sabian de la expedicion de Narvaez, ni tenian noticia de la llegada de la flota enviada por Velazquez.

Temerosos de verse asaltados de un momento á otro,



vigilaban sin descanso, armados constantemente y dispuestos para el combate.

Ocho dias hacia que habian partido los encargados de construir los buques, y ocho tambien que se habia triplicado la fatiga que, aun antes, habia sido casi insoportable.

Pero si Hernan Cortés y sus fatigados compañeros ignoraban el desembarco de la expedicion enviada contra ellos, no le sucedia lo mismo al emperador Moctezuma. El monarca azteca lo sabia todo. Desde el instante que el ejército de Narvaez saltó á tierra, los gobernadores de la costa le enviaron pintados los buques y los hombres, acompañando las pinturas con la relacion del número de gente que habia llegado.

Narvaez fué obsequiado por los jefes aztecas, pues tenían orden de Moctezuma de facilitar viveres á todos los hombres blancos. El jefe enviado por Velazquez se manifestó agradecido, y les obsequió con vistosas cuentas de vidrio, que estimaron en mas que si hubieran sido exquisitos diamantes.

Moctezuma, al tener noticia de la llegada de los buques, se llenó de regocijo. Sintió ensanchársele el corazon. Ya no habia necesidad de esperar á que se terminasen los barcos mandados construir. Los españoles que acababan de desembarcar, debian sin duda estar á las órdenes de Hernan Cortés. Lisonjeado por la consoladora esperanza de que muy en breve disfrutaría de absoluta libertad, experimentaba una intensa alegría que se revelaba claramente en su semblante.

El cambio repentino de la tristeza al júbilo operado en Moctezuma, llamó la atencion de los españoles. Cuidado-

sos como estaban, creian que algo funesto se tramaba en la ciudad contra ellos. En los instantes en que mas sospechas les infundia el buen humor que en él notaban, envió un recado á Hernan Cortés, diciéndole que tenia que hablarle. El caudillo español experimentó alguna inquietud con aquel llamamiento; pero dueño siempre para dominar sus afectos, se presentó al momento, manifestando la mas completa tranquilidad de espíritu. El monarca azteca le dijo que ya no existia obstáculo ninguno para su marcha. La necesidad de construir bajeles habia terminado. Diez y ocho buques, iguales á los suyos, habian llegado al puerto, donde podia embarcarse con su gente. Esperaba, por lo mismo, que hiciese los preparativos de marcha y saliese de la ciudad. El caudillo castellano hizo algunas preguntas para cerciorarse de la verdad. Moctezuma contestó á ellas presentándole el lienzo que le habian enviado los gobernadores de la costa, en que se veian pintados los buques, los caballos y los soldados castellanos. Hernan Cortés fijó con avidez los ojos en el lienzo, brilló la alegría en su semblante, y no pudiendo contener la emocion de gozo que sentia, exclamó: «¡Bendito sea Dios, que así nos favorece!» (1). Luego, dando gracias al monarca mejicano por la noticia, añadió: que si los bajeles llegados hacian su viaje á Cuba, estaba dispuesto á embarcarse en ellos; pero que si se dirigian á otro punto, seria preciso esperar á que se acabasen los tres que estaban ya en construccion.

Vuelto á su alojamiento, y comunicada á los capitanes y soldados la nueva de hallarse en el puerto una numerosa

(1) «Gracias á Dios, que al mejor tiempo provee.»—Bernal Diaz.



escuadra, el ejército prorumpió en gritos de alegría; dió entusiastas vivas; se hicieron algunas salvas de artillería y se entregaron á otras demostraciones de contento (1). Creían que era un refuerzo enviado de España, donde sin duda debían llegar los comisionados Portocarrero y Montejo, que llevaron los regalos al emperador.

La misma idea acarició Hernan Cortés en los primeros instantes. Había recibido, pocos días antes, una carta enviada por uno de los soldados que había despachado á la costa para que le diesen aviso del primer barco que se presentase. En ella le decía que, frente al puerto de San Juan, se había presentado un buque sin que hubiese aparecido otro en cuanto alcanzaba la vista. Añadía que, «en su concepto, era el barco mismo en que Portocarrero y Montejo se embarcaron con el presente enviado al soberano» (2). En virtud de este aviso, el caudillo español despachó varios soldados á distintos puntos de la costa para que se informasen de todo lo relativo á la nave anunciada.

(1) «Pues nosotros los soldados era tanto el gozo, que no podíamos estar quietos, y de alegría escaramuzaron los caballos y tiramos tiros.»—Bernal Diaz.

(2) «Me trajo una carta de un español que yo tenía puesto en la costa para que si navios viniesen, les diese razon de mí y de aquella villa que allí estaba cerca de aquel puerto, porque no se perdiesen. En la cual dicha carta se contenía: «Que en tal día había asomado un navío frontero del dicho puerto de San Juan, solo; y que había mirado por toda la costa de la mar cuanto su vista podía comprender, y que no había visto otro; y que creía que era la nao que yo había enviado á V. S. M., porque ya era tiempo que viniese. Y que para mas certificarse él, quedaba esperando que la dicha nao llegase al puerto para se informar della, y que luego vernia á me traer la relacion.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

Quince días habían transcurrido desde la partida de ellos, sin saber donde se hallaban, cuando Moctezuma le hizo saber la llegada de la flota (1). El primer sentimiento de Cortés fué de placer. Creyó, como he dicho, que eran buques enviados con refuerzos para dar término á la empresa; pero pronto desapareció para él la alegría, ocupando su lugar otro sentimiento diametralmente opuesto. Veía á los soldados contentos y llenos de esperanza, y sentía tener que destruir las risueñas ilusiones que les halagaban. Se imaginó que la escuadra era enviada por su enemigo el gobernador de Cuba, para combatirle. Franco y leal, comunicó sus sospechas á los oficiales, y de éstos pasaron á los soldados.

El júbilo se cambió súbitamente en pena, y la confianza en nuevos sobresaltos. Sin embargo, no decayó en ninguno el valor ni la constancia. Hernan Cortés, haciéndose superior á las dificultades y lleno de fé en salir triunfante de todos los peligros, habló á su ejército con la arrebatadora elocuencia que sus palabras encerraban para la tropa, y todos, capitanes y soldados, ofrecieron ser fieles á su causa, luchando á su lado hasta vencer ó morir. Entonces se vió claramente la poderosa influencia que ejercía el afortunado caudillo español sobre aquellos rudos soldados que posponían su conveniencia á su lealtad; su vida y su afán de oro, al amor de su general. Cortés no dejó sin recompensa la fidelidad de sus subordinados. Desprendido y generoso, regaló de las joyas y del oro que le pertenecían

(1) «Y enviados estos dichos mensajeros se pasaron quince días que ninguna cosa supe, ni hobe respuesta de ninguno d'ellos.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.



bastante cantidad á los soldados, y les aseguró que nunca olvidaria su lealtad, su valor y su constancia.

Todas las sospechas se vieron realizadas con los presos enviados de la Villa Rica.

Mientras descansaban los indios que los condujeron cargados hasta las puertas de la capital, y comian algo los custodiados, marchó al cuartel castellano uno de los soldados españoles. Sin detenerse á hablar con ninguno de sus antiguos camaradas, se presentó á Hernan Cortés y le entregó una carta de Gonzalo de Sandoval. El gobernador de la Villa Rica ponía en conocimiento de su general todo lo que habia ocurrido; el número de buques y de tropas enviados por Diego Velazquez, y el nombre del jefe que iba al frente de la expedicion.

Hernan Cortés preguntó al portador de la carta por los presos; y al saber que habian quedado custodiados fuera de la ciudad, marchó á recibirlos. Político y conocedor del corazon humano, comprendió que era conveniente manifestarse atento con ellos para ganar su aprecio. Cuando llegó á donde estaban, mandó ponerles en libertad; les abrazó afectuosamente, y les dirigió las frases mas agradables de aprecio y de amistad. Juzgando que estarian indignados contra Sandoval por haberles enviado presos, manifestó al licenciado Guevara y á sus dos compañeros, que sentia profundamente la disposicion tomada, y les ofreció que castigaria á su comandante por el acto injusto cometido con ellos. En seguida les dió caballos para que entrasen en la ciudad con el respeto y decencia debidos á su clase; y juntos y en grata conversacion, penetraron en las calles de la capital. Cuando llegaron á los cuarteles

españoles, el general mandó que les dispusiesen una de las mejores piezas para habitacion; les llevó á su mesa, y les trató con las más altas consideraciones. El afable trato del caudillo español hizo desaparecer la mala prevencion que contra él llevaban los representantes de Narvaez, y empezando por apreciarle, acabaron por ser sus amigos. Obsequioso y fino, regaló á Guevara y sus compañeros estimables alhajas de oro, como prueba de estimacion y de afecto, á que correspondieron protestándole sincera amistad. Establecida así la confianza, Hernan Cortés supo por ellos el espíritu que animaba á la tropa de Narvaez y los proyectos de este general. Le dijeron que los soldados no se manifestaban muy gustosos de tener que combatir contra sus compatriotas, y que con satisfaccion entrarian en un arreglo, á permitírselo su general. Por lo que hacia á la oficialidad, no se manifestaba muy satisfecha de servir bajo sus órdenes. Veian en su jefe la soberbia y la arrogancia, unidas á la ruindad y la miseria, cualidades con que se habia enajenado las pocas simpatías que algunos le tenian al salir de Cuba.

Hernan Cortés procuró sacar todo el provecho posible de los informes adquiridos.

Su primer paso fué escribir una carta atenta y conciliadora á Pánfilo de Narvaez. En ella le recordaba su antigua amistad; le felicitaba por su llegada, y se manifestaba dispuesto á entrar en conferencias, para venir á un arreglo conveniente á los intereses del rey, de Dios y de la patria. Pintaba la buena disposicion en que estaba el país para admitir á todos los españoles; la protesta de vasallaje hecha por Moctezuma y la nobleza al monarca de Castilla;



y le pedia que no hiciese comprender á los nativos, y mucho menos al emperador azteca, las desavenencias que les desunian, porque seria fácil que, desconfiando de todos, desconociesen y rechazasen lo admitido. Le hacia ver que la situacion en que se hallaba el ejército español, en la capital, era de las mas críticas. Una palabra de Moctezuma podia poner en armas toda la ciudad y el reino entero; y todo lo que á fuerza de afanes se habia alcanzado, se perderia con perjuicio de los intereses de la patria. Era preciso, le decia, evitar un choque, si se queria conservar la obediencia de los nativos y el respeto al monarca que habian reconocido. Apelar á las armas para sostener cada cual lo que juzgaba su derecho, no daria por resultado mas que destruirse mutuamente, quedando impotente para sostenerse en el país, aquel que tuviese la triste gloria de quedar vencedor. Añadia que, por su parte, estaba dispuesto á unir sus tropas á las de Narvaez y á compartir con él los peligros y la gloria, para dar feliz cima á la empresa que estaba próxima á realizarse, y que la menor imprudencia podria hacer irrealizable. Hernan Cortés concluia su carta protestando su fidelidad al rey, y manifestando á Narvaez que estaba dispuesto á entregarle inmediatamente el mando, si acreditaba que su nombramiento era concedido por el soberano. Seguro estaba el caudillo español de que la comision de Narvaez no dimanaba sino del gobernador de Cuba.

Narvaez leyó la carta de Cortés, llevada por un indio, con aire despreciativo. Burlándose de sus consejos, la enseñaba á todos sus oficiales, tratando de ridiculizarle, lo mismo que á sus soldados. Pocos eran los capitanes que

asociaban sus burlas á las de su jefe. La mayor parte de ellos sabian respetar el valor de Hernan Cortés, y disimulaban el disgusto que les causaba la vanidad y el orgullo del que le ofendia. Solamente un oficial llamado Salvatierra, que iba de veedor en el ejército, hombre alto y membrudo, pero mas injusto que corpulento, asociaba sus insultos á las ofensivas palabras de su general. Varias veces le habia dado el epíteto de traidor, y con frecuencia repetia que tendria el gusto de cortar con su tajante tizona las orejas al desleal Cortés, y sazonar una de ellas para tomarla en el almuerzo (1).

Pánfilo de Narvaez no contestó á la carta de Cortés. Cuatro días despues de haberla enviado, el sacerdote Guevara y sus dos compañeros se dispusieron á marchar á su real, para dar cuenta del resultado de su comision. Hernan Cortés volvió á hacerles varios regalos, y les despidió ofreciendo servirles en lo que pudiera.

Durante aquellos días, el ejército enviado por Diego Velazquez habia cambiado de residencia. Aconsejado Narvaez por los tres soldados desertores, dejó la malsana playa en que habia formado su campamento, y se marchó á Cempoala, donde fué acogido con demostraciones de aprecio por el cacique, creyéndole amigo de Cortés.

El sacerdote Guevara llegó á los pocos días con sus compañeros, y se presentó á Narvaez para darle cuenta de lo acaecido desde su salida. El general se manifestó pro-

(1) «Y decia al Narvaez, reprendiéndole, que para qué leia la carta de un traidor como Cortés é los que con él iban, é que luego fuese contra nosotros, é que no quedase ninguno á vida; y juró que las orejas de Cortés que las habia de asar, y comer la una dellas; y decia otras liviandades.» — Bernal Diaz del Castillo.



fundamente indignado contra el proceder de Gonzalo de Sandoval con sus enviados, y pronunció palabras injuriosas contra Cortés, no descuidando el epíteto de traidor y de desleal. Guevara manifestó que tenía razón de indignarse contra la medida violenta de Sandoval; pero que con respecto á Hernan Cortés, todos se hallaban equivocados. Había observado de cerca su conducta, le dijo, examinado detenidamente sus actos, y descubierto en las conversaciones que había tenido con él, sus ideas y sus pensamientos. Nada había omitido para conocer al hombre contra quien iba predispuesto. Al observarle y conocerle, rectificó su opinión. Cortés era un leal caballero y un buen servidor del rey; le veía dispuesto á entrar en un arreglo conveniente que evitase todo choque entre españoles, del cual resultarían graves daños para la corona, no menos que para la religión. Le hizo una descripción de la grandeza y poder de la capital de Méjico; ponderó la importancia de las numerosas ciudades que en su tránsito habían visto; la riqueza de las vastas provincias que obedecían á Moctezuma y el aprecio de los nativos hacía los hombres blancos. La lucha entre uno y otro ejército, echaría por tierra lo que se tenía adelantado. Guevara terminó suplicándole que arreglasen sus diferencias pacíficamente; pero que, si no estimaba honroso entrar en convenios, podía dirigirse á cualquiera de los vastos y ricos señoríos que había en la Nueva España, dejando á Cortés en los puntos que dominaba.

Pánfilo de Narvaez estalló en ira cuando acabó de hablar el eclesiástico Guevara y vió apoyada su opinión por el escribano Vergara y aun por Amaya, pariente,

como he dicho, de Velazquez. La favorable opinión de los que había enviado para intimarle la entrega del mando, le hizo prorrumpir en injurias contra Hernan Cortés y aun se manifestó ofendido del eclesiástico y del notario. Pero aunque en Narvaez no encontrasen buena acogida los consejos de sus enviados, en los soldados causaron distinta impresión. Los elogios hechos del general y de los soldados, contra quienes les enviaban; la bella descripción de la riqueza del país, y el respeto y amor que el monarca azteca y sus vasallos consagraban á Cortés, inclinó el ánimo de la tropa en favor de este último.

En las conversaciones amistosas que Guevara, lo mismo que el escribano y Amaya, tenían con los soldados, no hacían mas que ensalzar la liberalidad de Cortés con sus subordinados; ponderar la abundancia de oro que entre la tropa había. Las muchas alhajas de oro y pedrería que ellos mismos llevaban, eran una prueba inequívoca de la generosidad del hombre á quien se había calumniado, queriendo oscurecer los notables servicios que había prestado al rey y á la religión. Los elogios prodigados á Cortés y que inclinaron en su favor el espíritu del soldado, fueron confirmados por el padre Olmedo que se presentó en el campamento de Narvaez, enviado por Hernan Cortés, con el noble fin de evitar un rompimiento. El caudillo español, conociendo el genio recto que distinguía al venerable sacerdote, le eligió para que desempeñase la delicada comisión de hacer desistir á Narvaez de toda actitud hostil. Confiando en su claro talento y en el acertado tino que siempre había demostrado en los negocios mas árduos, le entregó una carta para el jefe de la expedición, concebida